Haga temblar la tierra,
Y llegue al cielo á herir.
Al choque irresistible
De nuestro ardiente fuego,
Deje en el pecho griego
La sangre vil de hervir.

El segundo coro cantaba estotro del *Pirata:*

Venganza entera, atroz,
Juremos á una voz:
Es vil y sin honor
Quien no postre el ardor
Del vil Pirata.

E.—Buenos coros; y ¿qué tal? ¿Los desempeñaron bien los diablos?

E.—Muy bien en cuanto al canto; pero siempre con sus equivocaciones endemoniadas.

E.—¿Conque volvieron á equivocarse?

—Sí, señor. En el primer coro, en lugar de *griego*, dijeron *tejano;* y en el segundo, en vez de de *pirata*, tambien *tejano*. Parece que no pensaban los diablos mas que en los tejanos.

E.—A fé que tenian razon; porque si se unen con anglo-americanos, han de dar mucha guerra á la república mexicana.

G.—Pero, ¿qué tienen que ver los diablos con la república mexicana?

E.—¡Eh! Vaya, vaya: tienes razon; me sucedió

lo mismo que á tí cuando hablamos de las constituciones. Me distraje. Dispénsame.

G.—Estás dispensado; ó por mejor decir, estamos á mano en materia de distracciones. Sin duda ya tenemos la cabeza caliente con tanto charlar; pero ya falta poco.

FINAL DE LA OPERA.

Todos los cantantes que se habian presentado en el teatro, se reunieron, y salieron á cantar aquellos coros divinos con que comienza *Jepté* y son estos:

Los dos coros.

Vuelve piadoso el semblante
A tu pueblo vacilante,
Pues somos, ¡oh Dios! tus hijos,
No nos puedes olvidar.

Primer coro.

Despues de tantos tormentos
Salvos sean tus escogidos.

Segundo coro.

A sus hogares contentos
Vuelvan de gloria circuidos.

Primer coro.

Todo enemigo guerrero
Que á tu pueblo desafió,

Segundo coro.

Todo malvado estranjero
Que ásechanzas meditó,

Los dos coros.

Venga de oprobio rodeado
Horrenda muerte á encontrar;
Que somos, Señor, tus hijos,
No nos puedes olvidar.

Una ú otra pequeña alteracion hicieron los diablos en la letra; pero algo les hemos de dispensar, no hemos de ser tan rigoristas.

E.—Cómo dispensar! Darles las gracias, pues en la sustancia nada variaron, sino una ú otra palabra, para acomodar el consonante, y dar mas espresion á la idea. A mas de que á mí nadie me quita de la cabeza, que estos diablos han hablado como unos santos padres; y ¡ojalá que nosotros nos aprovecháramos de las lecciones que nos han dado en su ópera! ¡Lástima que se haya acabado!

G.—Lo que es la ópera, ya acabó; pero faltan las cantatas de algunos AFICIONADOS.

E.—¡Hola! Con que hubo aficionados?

G.—Los hubo; pero con una suerte muy funesta.

E.—Siempre en semejantes funciones no faltan ocurrencias incómodas, ridículas, ó ambas cosas.

G.—Así es, en efecto; y algo de eso hubo respecto de nuestros pobres aficionados. Los llamo aficionados, no porque no fuesen profesores operistas, sino porque iban á cantar algunas cosas estraordinarias; mas no les salió la cuenta.

E.—¿Pero en qué consistió eso? Cuéntame todo lo que sucedió.

G.—Has de estar, en que uno de los operistas principales, pidió licencia al director para cantar una ária; mas este, en vez de dársela, lo escluyó de la compañía.

E.—Sin duda que habria dado algun motivo muy grave?

G.—No, señor. Fué una bagatela. Toda la culpa que tuvo fué la de haber cantado *extra chorum.*

E.—¿Qué mayor motivo quieres que haya dado? Se desentonaria, ó llevaria mal el compas.

G.—Nada de eso; sino que cantó en otro teatro, y por eso se enojó el director.

E.—Tales cosas cantaria que lo hicieron enojar.

G.—Tampoco cantó esas cosas, sino una, y muy sencilla, y que hasta tú mismo la aprobarás.

E.—Pues ¿qué fué lo que cantó?

G.—Aquella ária que canta Jepté en la ópera que tiene ese nombre, y es como sigue:

La paz reina; de trompa guerrera
No se escucha el funesto sonido:
La discordia sepulta en olvido
Quien de todo lo criado es Autor.

Ya ves qué cosa tan bien dicha.

E.—Y tanto, que ¡ojalá y fuera esactamente cierto! Y ¿qué hizo el pobre cantante cuando lo escluyó el director de la compañía?

G.—Se replegó à su casa, en donde, entre el estudio y los placeres del amor conyugal, descansa de las gravísimas fatigas que tuvo cuando fué operista.

E.—Esta es una conducta muy filosófica. Pero estará muy triste ¿Ya habrá colgado enteramente la lira?

G.—Nada de eso. No has oido decir *que natural y figura hasta la sepultura?*

E.—Sí lo he oido decir. Por mas señas, que en cuanto á lo del *natural*, me ha parecido esacto ese adagio; pero en cuanto á lo de la *figura*, es una solemne mentira. Eso quisieran tus queridas las cotorronas, que les durara la figura hasta la sepultura. No, nanitas, en pasando de los treinta y cinco, *malam caram te feci.*

E.—Con razon convienes en que es esacta la primera parte del adagio, pues te consta por esperiencia propia. Serás mordaz aun mas allá del sepulcro. ¿A qué venian ahora las pobres cotorronas? A nada; pero el caso era darles un tijeretazo.

E.—En cuanto á lo mordaz, creo que no me vas en zaga; mas dejemos ese punto odioso. ¿En qué quedó por fin el cantante espulsado?

G.—¿No te dije que se retiró á su casa? allí hace sus cancioncitas, originales unas veces, y otras adapta la música estrangera al gusto nacional, y

regularmente se entretiene cantando, en compañía de su esposa, aquel coro de los Capuletos:

Noche plácida y serena
Al horror del dia sucede:
Duerme el hierro y la ira cesa
Do himenso su antorcha enciende;
Y do quier amor sonríe,
Nace el júbilo y placer.
Que celebren nuestros cantos
Esta union afortunada;
Compensen estos instantes
A nuestras penas pasadas,
Y no tenga aquí lugar
Ningun triste pensamiento;
Pues donde el amor sonrie
Nace el júbilo y contento.

E.—¡Dios lo haga feliz en el seno de la paz doméstica! Véamos otro aficionado.

G.—Debia en efecto haber cantado otro en esta ópera; pero se habia retirado de la compañía.

E.—¿Por qué causa?

G.—Oí decir, que se le habia *enredado la pita* con la música estrangera.

E.—¡Ah! No es eso muy difícil; porque para entender algunas variaciones *cantabiles*, principalmente de Francia, es necesario saber solfear muy bien; ¿conque se retiró?

G.—Sí señor: se marchó cantando aquello que canta D. Basilio en el *Barbero de Sevilla*, á saber:

Buenas noches, mi señor,
Paz, buen sueño, sanidad,
Buenas noches..... servidor.....
Obligado á la verdad.

E.—¿Tambien se retiraria al hogar doméstico?

G.—Así fué, y se entretiene con los placeres de su casa de campo.

E.—Muy divertida y muy honrosa ocupacion. ¿Pero qué, no remplazó su lugar en la compañía el director?

G.—Sí lo reemplazó, y con un músico, *que no se mete el dedo en la boca en esto de cantar.*

E.—Pues lo haria muy bien en la ópera.

G.—No: porque no quiso cantar hasta que le cogiera bien la *embocadura* al canto.

E.—Esa es una conducta muy prudente; y todo el que cante sin aprender primero bien la solfa, se espone á echar á perder la mejor ópera, comprometiendo á sus compañeros. Pero, muy desgraciados, en efecto, han estado los pobres cantantes aficionados.

G.—Mucho mas lo estuvieron los últimos que se presentaron.

E.—¡Todavía les fué peor! Pues ¿qué les sucedió?

G.—Una quequeña parte de la comparsa celebraba esa noche no sé qué aniversario, y pidió licencia para cantar las piezas que llevaba preveni-

das. Se la concedió el director, y principió con el coro con que comienza la ópera *Guillermo Tell* que es como sigue:

Sereno el cielo
Su luz derrama
Y el pecho inflama
De ardiente amor.
Eco repita
Plácido acento;
Nuestro contento
Muestre su ardor.
Despues el alma
Se eleve al cielo,
Y con anhelo
Sirva al Criador.

A este coro añadieron el duo con su coro, que cantan en la misma ópera Eduvige y Jemny.

Feliz con la esperanza,
Que alimenta en su seno,
De tempestad el trueno
No le causa temor.
Mas si al temido escollo
Lo trae adversa suerte,
Unirá al de la muerte
El cántico de honor.

CORO.

Ya en el aire resuena
Dulcísima armonía,

Que del festivo dia
Anuncia el esplendor.
Como del sol los rayos
Reaniman cuanto ecsiste,
Así al pecho reviste
El gozo de vigor.

E.—Escelente y muy patriótica letra. ¡Qué compasion que se haya desgraciado la funcionita! Pero hasta ahí todo iba bien. ¿Por qué se desgracióʔ

G. - Porque el director no permitió que un escelente tiple, que iba en la comparsa, cantase una aria muy brillante, que habia compuesto análoga á la festividad del dia.

E.—Mas ¿por qué no lo permitióʔ

G.—¡Quién sabe! Tendria sus motivos reservados para que no se cantara. Ciertamente no fué porque la aria tuviese algunos defectos que corregir; porque despues que la leyó el director, salió á la luz tal cual la habia compuesto su autor.

E.—No nos metamos en honduras, ni adivinanzas: ya sucedió la desgracia ¡paciencia! Y ¿qué hicieron los demas de la comparsaʔ

G.—Ya no quisieron cantar mas, sino que *descolados* y cabizbajos, se fueron yendo para sus casas respectivas, y yo para la mia.

E.—¿Cómo para la tuya? Pues qué, ¿saliste del infierno?

G.—Si no hubiera salido, no habria estado platicando ahora contigo. ¡Ha visto vd. qué pregunta!

E.—No quise decir eso; sino de qué modo salíste del infierno?

G.—Salí lo mismo que entré. Entré por órden superior, salí por órden superior: entré en landó, salí en un buen coche de un amigo.

FINAL.

E.—Me alegro mucho que hayas salido de esa tragedia sin novedad. No te vayas á meter en otra.

G.—No me vayas á meter en otra, has de decir.

E.—¡Yo! ¿Pues qué, soy capaz de ocasionarte algun perjuicio?

G.—A propósito, ciertamente que no; pero sí por imprudencia.

E.—¿Por imprudencia?

G.—Sí, señor. Vd. tiene la maldita propiedad de publicar cuanto yo le platico, y en una de esas voy á cantar el *Pescador*, á las ardientes playas de Acapulco.

E.—No tengas cuidado por eso: confia en Dios y haz tu deber. Acuérdate de lo que otras ocasiones hemos dicho: OBRAR BIEN, QUE DIOS ES DIOS.

G.—Así lo hago en cuanto me es posible, aunque humilde y pecador. Por lo mismo al despedirme de mis amigos los diablos, me introduje entre los operistas y cantamos todos la sublime plegaria del *Moises:*

De tu estrellado sólio,
Señor, vuelve á mirarnos:
Piedad ten de tus hijos,
De tu pueblo piedad.
Si á tu querer son prontos
Elementos y esferas,
Tu fausta senda enseña
Al vago incierto pié.
Piadoso Dios, socorro,
Vivimos solo en tí.
A mi pecho doliente
Desciende, Dios clemente,
Y antídoto suave
De paz tu amor me dé.
Nuestro pecho no teme,
Confórtale tú, pues.
De tu estrellado sólio,
Señor, vuelve á mirarnos:
Piedad ten de tus hijos,
De tu pueblo piedad.